

LIBRO SEGUNDO.

LAS CRISIS DEL REINADO DE JUAN EL BUENO (1)

CAPÍTULO PRIMERO

LAS DESDICHAS DEL REY JUAN (2)

I. Los comienzos del rey Juan.—II. El rey de Navarra.—III. Guerra de 1351 á 1355.—IV. Los Estados de 1355.—V. La ejecución de Ruán.—VI. Poitiers.

I.—Los comienzos del rey Juan

Juan, hijo mayor de Felipe VI y de Juana de Borgoña, había nacido en 1319, y desde 1332 ostentaba el título de duque de Normandía, al que iban unidos tan gloriosos recuerdos. Aquel mismo año, es decir, cuando contaba trece de edad, habíase casado con Bona de Luxemburgo, hija del rey Juan de Bohemia, que tenía diez y seis. Desde muy joven pudo el príncipe aprender el oficio de rey, pues fué «jefe de guerra» en Hainaut contra los ingleses en 1349, y luego en Bretaña contra Juan de Montfort en 1341, y en 1344 fué al Langüedoc como teniente del rey y «señor de la conquista de las partes del Langüedoc.» Aquellos comienzos habían sido poco tranquilizadores, ya que se había mostrado muy ávido de dinero y se lo había procurado por todos los medios sin respetar derecho alguno. Por otra parte, había sido muy poco afortunado en la guerra, como lo demuestra el hecho de que en la primavera de 1346, al frente de numerosas fuerzas, había sitiado inútilmente durante cuatro meses la plaza de Aiguillon: en aquella

(1) FUENTES.—*Grandes Chroniques de Saint-Denis* («Chronique de Pierre d'Orgemont»), VI, 1838. Juan de Venette, *Chronique*, en la serie de las continuaciones de Guillermo de Nangis, edición Geraud, II, 1843. Ricardo Lescot, *Chronique*, edición Lemoine, 1896. *Chronique Normande*, edición Molinier, 1882. *Chronographia regum Francorum*, edición Moranville, II, 1893. *Chronique des quatre premiers Valois*, edición Luce, 1862. Juan le Bel, *Les Vrayes Chroniques*, edición Polain, 1863. Froissart, *Chroniques*, edición Kervyn de Lettenhove, V y VI, 1868, y edición Luce, IV y V, 1873, 1874. *Recits d'un bourgeois de Valenciennes*, edición Kervyn de Lettenhove, 1879. Pedro Cochón, *Chronique Normande*, edición de Baurepaire, 1870. Roberto de Avesbury, *De gestis mirabilibus regis Edwardi III*, edición E. M. Thompson, 1889. Le Baker de Swynebroke, *Chronicon*, edición E. M. Thompson, 1879. H. Knighton, *Chronicon*, edición Lumby, 1889. Mateo Villani, *Istorie fiorentine*, edición Racheli, 1857. El heraldo Chandos, *Le prince Noir*, edición Fr. Michel, 1883. Secousse, *Preuves de l'histoire de Charles le Mauvais*, 1758. Rymer, *Federa*, etc., edición de Londres, IV, 1869.

OBRAS DE CONSULTA.—*La guerre de Cent Ans et la désolation des églises de France*, I, 1899 (muy importante para la historia militar hasta 1380). Luce, *La jeunesse de Bertrand du Guesclin*, 1876. E. Molinier, *Etude sur la vie d'Arnoul d'Andréhem*, 1883.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—N. Valois, *Le Conseil du Roi aux XVI^e, XV^e et XIV^e siècles*, 1888. L. Pannier, *La Noble Maison de Saint-Ouen*, 1872.

circunstancia había demostrado, con su resistencia á los buenos consejos, «cuán lento era para informarse y cuán duro para abdicar de sus opiniones.»

Juan fué á hacerse consagrar en Reims en 26 de septiembre de 1350, y á su regreso á París, las fiestas que en su honor se celebraron fueron seguidas de un acto imprevisto y trágico. El condestable Raúl de Brienne, conde de Eu y de Guines, «uno de los caballeros más corteses, más graciosos y más espléndidos de Francia,» que había sido hecho prisionero en Caén en 1346 y había tenido que pagar un rescate enorme, volvió á su patria á fines de octubre de 1350. Juan dispensó excelente acogida «al que tanto había trabajado por el rey y por su reino;» pero un día, en el palacio de Nesle, el condestable fué arrestado en presencia del rey por el preboste de París y Juan juró «no dormir hasta haberle hecho cortar la cabeza,» y el 18 de noviembre, al despuntar el día, en el mismo palacio de Nesle y sin otra forma de proceso, Roberto de Brienne fué decapitado delante del duque de Borbón y de muchos barones. Varios cronistas han referido los rumores que entonces circulaban en el pueblo, pues la nobleza no osaba hablar; según unos, el condestable fué víctima de la ambición de Carlos de España, de quien en breve nos ocuparemos y á quien el rey nada negaba; según otros, había perdido en el juego las sumas que el tesoro real pagara por su rescate, y á fin de recobrar la libertad por la traición, mantuvo correspondencia con el rey Eduardo y con Glocéster y prometió entregar á los ingleses su castillo de Guines. Pero sea de esto lo que fuere, aquella ejecución clandestina tenía todos los visos de un asesinato.

El rey fué á visitar al papa en Aviñón, y á principios de 1351 emprendió una especie de excursión por el Langüedoc, distribuyendo por el camino los despojos de su víctima y nombrando condestable á Carlos de España. Pertenece este personaje á la casa de la Cerda y descendía de los reyes de Castilla y de Francia; era un caballero apuesto y valiente, casi de la misma edad que el rey, con quien había sido educado. El gran número y la clase de favores de que se vio colmado causaron gran asombro y parecieron sospechosos, y se decía que el rey «no tenía más Dios que él.»

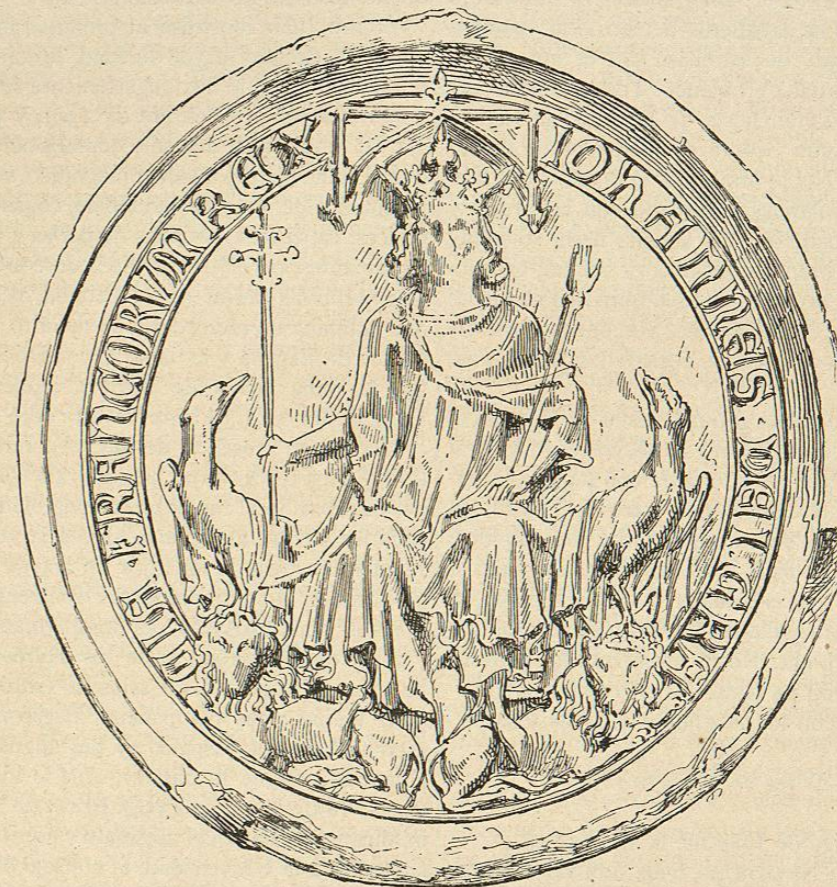
Por otra parte, el rey Juan mostraba muy poco acierto en la elección de las personas que le rodeaban.

Antes de su advenimiento había otorgado su confianza á Simón de Bucí, hijo de un «oscuro hombre de ley.» Simón, magistrado dócil, había ascendido con mucha rapidez á primer presidente del Parlamento, y Juan había hecho de él su consejero y su canciller en

Normandía y se lo había llevado consigo á Langüedoc en 1344. Así en Langüedoc como en Normandía, Bucí había abusado ciertamente de sus poderes, puesto que fué preciso darle letras de remisión. Con el nuevo reinado fué llamado al consejo secreto, «llegando á ser el miembro más exacto é influyente del mismo» y recibiendo grandes gratificaciones en los momentos en que la hacienda real se encontraba en peor estado. Después de una grave enfermedad que tuvo en 1353, el rey, para

había estado en la cárcel, en tiempo de Felipe VI, «por muchos casos criminales y civiles,» y por prudencia habíase hecho dar cartas de remisión antes de que el asunto se fallara.

Por último, Nicolás Braque, ciudadano de París, maestro de la moneda y relator de las cuentas, tesorero, maestresala y consejero, habíase hecho culpable de odiosas venganzas personales; había intentado asesinar á un guarda de la moneda demasiado recto, y ávido de



Sello de Juan el Bueno

«alegrarle el corazón,» le otorgó un perdón general y por medio de nuevas letras de remisión le declaró inocente como en el día de su bautizo.

Roberto de Lorris, hijo de un aldeano del Gatinais, fué hecho caballero, chambelán del rey, relator del Consejo de Estado y de las Cuentas y miembro del gran Consejo, y recibió propiedades, castillos, casas y cuantiosas sumas de dinero. Para él todos los provechos eran buenos; sacaba los caballos del palacio real y siempre se olvidaba de volverlos á las caballerizas reales, y casó á sus hijos con las familias más nobles. En 1354, este favorito, á quien el rey confiaba los asuntos más importantes, fué sospechoso de traición y huyó; pero al año siguiente, el día de Viernes Santo, se presentó de nuevo y suplicó al rey «humildemente, hincadas en tierra las rodillas, juntas las manos y llorando á lágrima viva,» que se lo perdonara todo «en memoria de Jesucristo.» Juan le perdonó y Lorris continuó haciéndole traición.

Juan Poilevilain, otro consejero muy atendido, maestro soberano de la moneda y relator de las cuentas,

dinero, «había fundado una especie de compañía de cambio que adquiría á bajo precio créditos contra el delfín y luego, por favor, obtenía el reembolso íntegro de los mismos.» Nombrado tesorero y convertido merced á esto en el «verdadero gobernador de la moneda y de la hacienda,» reveló á su compañía los secretos de la fabricación de la moneda y trató directamente con ella para la adquisición del vellón y de las materias preciosas. «Llenó la administración de hechuras suyas, de oficiales de su amistad y familiaridad que no eran buenos, ni provechosos, ni aptos para sus cargos (1).»

El rey dejó el campo libre á esos malos consejeros, pues hallábase por entero ocupado en fiestas, banquetes y torneos y era aficionado con pasión á los trajes ricos, á las hermosas piezas de orfebrería y á los muebles preciosos. Inspirado sin duda por algún recuerdo de la Tabla Redonda, ó para imitar la orden de la Jarretiera que acababa de fundar Eduardo III, creó la orden de

(1) Noel Valois, *Le Conseil du roi aux XIV^e, XV^e et XVI^e siècles*, 1888, págs. 7-15.

la Estrella «en honor de Dios y de Nuestra Señora y para realce de la caballería y acrecentamiento de honor.» La residencia de aquella compañía, compuesta de los quinientos «caballeros más suficientes del reino,» establecióse en Saint-Ouen, en la casa solariega de los Valois, llamada la Noble-Maison (Noble Casa), de donde el nombre de caballeros de Nuestra Señora de la Noble-Maison. Las insignias eran una cota blanca, una sobrevesta encarnada ó blanca, una caperuza encarnada y una sortija adornada con esmaltes de un dibujo muy complicado. Los caballeros debían alzar bandera encarnada, sembrada de estrellas, con la imagen de Nuestra Señora bordada en blanco. Todos los años debían celebrarse una gran fiesta de la orden la víspera de la fiesta de Nuestra Señora de mediados de agosto en la capilla de la Noble-Maison y un banquete en el salón de la casa solariega, adornado con las armas y timbres de los caballeros. En aquella fiesta solemne, «cada uno de los compañeros había de relatar, bajo juramento, todas las aventuras que le hubiesen acontecido durante el año, lo mismo las vergonzosas que las honrosas,» siendo estos relatos registrados por dos escribientes.

La primera de aquellas grandes fiestas se fijó para el día 6 de enero de 1352. El rey había costeadó los trajes y la Noble-Maison fué adornada con tapices, colgaduras de oro y de terciopelo con estrellas y flores de lis de oro, y muebles suntuosos dorados y esculpidos; hubo misa solemne y banquetes, en los cuales reinó la ruidosa alegría de los caballeros de aquel tiempo, la vajilla de oro fué «magullada» y rota, y se robaron paños de oro y de plata. En el entretanto los ingleses entraban por traición en Guines, cuyo capitán se divertía en Saint-Ouen con los caballeros de la Estrella.

II.—El rey de Navarra (1)

El mayor enemigo de Juan fué la familia real.

El rey Carlos de Navarra no tenía aún veinte años: era bisnieto de Felipe *el Atrevido* por su padre Felipe de Evreux, y nieto de Felipe *el Hermoso* por su madre Juana de Francia: por consiguiente, San Luis era, como se ha dicho, dos veces abuelo suyo. Por su madre, hija de Luis X, era el varón más próximo de los últimos Capetos directos, y de haber nacido algunos años antes (nació en 1332), sus derechos habrían prevalecido en 1328 sobre los del rey de Inglaterra. Su padre y su madre habían renunciado á todos los derechos á la corona, reconociendo como reyes, primero á Felipe V y después á Felipe VI; pero Carlos consideraba que sus padres no podían renunciar, antes de su nacimiento, á un derecho que á él solo pertenecía. De modo que se creía con títulos á la corona de Francia.

«Era de baja estatura—dice el religioso de Saint-Denis, que le vió de cerca,—de viva inteligencia y gran penetración y tenía una elocuencia fácil y natural. Su

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Secousse, *Mémoires pour servir à l'histoire de Charles le Mauvais*, 1758. Dupont, *Histoire du Cotentin et de ses îles*, II, 1873. Izarn y Prevost, *Le compte des recettes et dépenses du roi de Navarre en France et en Normandie de 1367 á 1370*, Introducción, 1885. Delachenal, *Premières négociations de Charles le Mauvais avec les Anglais*, 1354-1355, «Bibliothèque de l'École des Chartes,» LXI, 1900.

destreza era maravillosa y estaba dotado de una rara afabilidad que le distinguía de todos los demás príncipes.» Poseía el reino de Navarra, y en Francia el condado de Mortain, el condado de Evreux con título de pairía, Nonancourt, Longueville con muchas tierras en el país de Caux y en los valles del Sena y del Eure, Mantes, Meulán, Nogent-le-Roi, Anet, Paci, Breval, etcétera. Había perdido á su padre, el conde de Evreux, en 1343, y á su madre, Juana de Francia, en 1349, y era dueño absoluto de sus acciones (2).

El rey Juan mostróse al principio muy bondadoso con él, le declaró mayor de edad, le concedió el disfrute de sus rentas, le hizo lugarteniente suyo en Langüedoc, desde junio á octubre de 1351, y por fin le casó con su propia hija, que sólo contaba ocho años. La pequeña reina recibió un ajuar magnífico, vestidos de seda recamados de oro y de terciopelo, copas y jarras de oro, tapices, caperuzas bordadas de perlas y botones de oro y diamantes; pero Juan no dió la dote prometida y negó á su yerno las tierras que solicitaba, al mismo tiempo que colmaba de mercedes á su favorito el condestable Carlos de España y le daba el condado de Angulema que la reina Juana de Navarra había poseído hasta 1349. Entonces Carlos de Navarra odió al condestable.

Un día, en presencia del rey, el condestable desmintió á Felipe de Navarra, hermano de Carlos, y á no haber intervenido el rey habríase entablado una lucha á cuchillo. Felipe, al retirarse, dijo á su adversario «que se guardara bien de los hijos de Navarra.» Poco tiempo después, el condestable fué sorprendido en Laigle por una tropa mandada por los hermanos de Navarra y de la que formaban parte los Harcourt y otros caballeros de Normandía. Carlos no entró en la ciudad, pero Felipe y sus compañeros llegaron hasta donde estaba Carlos de España «y tan angustiada, villana y abominablemente le trataron, que le hicieron ochenta llagas» (8 de enero de 1354). El rey de Navarra jactóse públicamente de aquel asesinato y escribió á las buenas ciudades, á la Universidad, al consejo del rey y al papa para anunciarles que había realizado una justa venganza. El rey Juan estuvo cuatro días sin pronunciar una palabra, y luego juró «con solemne juramento que no habría alegría en su corazón hasta tanto que de ello se hubiese vengado.»

Mientras Juan hacía instruir el proceso por el tribunal de los pares, Carlos de Navarra, ó Carlos *el Malo*, como se le llamaba, enviaba un mensajero al hijo de Eduardo III, duque de Lancáster, que entonces se encontraba en Malinas y que desde luego le había ofrecido su apoyo (3). También estaba en correspondencia con el rey de Inglaterra, á quien escribía: «Y poseo hermosos y buenos castillos en Normandía y en otras

(2) La personalidad de Carlos *el Malo* necesitaría ser estudiada de una manera muy profunda. Perrons ha intentado su justificación en su obra sobre *Etienne Marcel*, segunda edición, 1875, y E. Meyer ha querido hacer su apología, *Charles roi de Navarre, comte d'Evreux*, 1898. Ni uno ni otro han conseguido un resultado satisfactorio.

(3) Este llamamiento no debió de coger desprevenido al duque de Lancáster. La correspondencia entre ambos príncipes permite suponer «que en alguna circunstancia anterior Carlos *el Malo* había dejado comprender que recurriría gustoso á la alianza inglesa.» Delachenal, *Premières négociations de Charles le Mauvais avec les Anglais*, «Bibliothèque de l'École des Chartes,» LXI, 237

partes, muy bien guarnecidos y pertrechados; y ciertamente, si (el rey Juan) empieza, le causaré tan grave daño que no podrá repararlo jamás.» Y más adelante: «Servíos al presente ordenar á vuestros capitanes de Bretaña que en cuanto envíe yo por ellos, estén dispuestos á penetrar en Normandía para ayudarme y les facilitaré entrada tan buena y segura como ellos deseen. Y sabed, mi querido primo, que todos los nobles de Normandía se han pasado á mí, á muerte y á vida.»

El rey Juan se alarmó. Si Carlos *el Malo* se entendía con los ingleses, podría hacerles entrar en Normandía y conducirlos hasta las puertas de París, llevándolos á sus ciudades de Mantes y Meulán. Intervinieron varios príncipes y se pactó un acuerdo en Mantes, en 22 de febrero de 1354: las estipulaciones, convenidas entre Roberto de Lorris y el obispo de Laón, eran humillantes y desastrosas para el rey de Francia, el cual daba á Navarra el condado de Beaumont, las castellanías de Breteuil y de Conches, los vizcondados de Pont-Audemer y de Orbec y el Clos de Cotentin con los vizcondados de Valognes, Coutances y Carentán. Carlos debía poseer estas tierras con los mismos derechos que un duque de Normandía, pudiendo celebrar en ellas *echiquier*, es decir, tribunal supremo dos veces al año. Los cómplices del asesinato del condestable eran perdonados y pasaban á ser vasallos del rey de Navarra. Carlos *el Malo* no hacía más concesión que firmar una renuncia definitiva á la Champaña. Gran asombro causó todo esto y se sospechó que los negociadores se habían dejado corromper. El rey de Navarra se envaneció extraordinariamente de ello, y cuando en 4 del siguiente marzo fué á París para recibir el perdón, mostróse en extremo altanero.

No había, sin embargo, transcurrido un año, cuando se reanudaron las «desavenencias.» También Carlos *el Malo* se había rodeado de malos consejeros, puesto que á su lado no tenía sino aventureros é intrigantes. La ejecución del tratado de Mantes le pareció demasiado lenta, y aun cuando en octubre de 1354 el papa intervino para mantener la paz, en noviembre habíase consumado la ruptura. El rey de Navarra salió bruscamente de la corte, retiróse secretamente á Normandía, pasó luego á Aviñón y desde allí se refugió en el reino de Navarra. El rey Juan envió tropas para ocupar las fortalezas navarras de Normandía.

Carlos encontró en Aviñón al duque de Lancáster, y en unas conferencias secretas que ambos celebraron durante quince noches sin saberlo el papa, proyectaron una invasión común en Normandía y hasta convinieron un reparto del reino de Francia, en virtud del cual Eduardo III había de ceñir la corona francesa y el rey de Navarra debía hacer suyos la Normandía, los condados de Champaña, de Brie, de Chartres, de Bigorre y de Tolosa y las senescalías de Langüedoc, prestando homenaje á Eduardo. Poco después hubo un principio de ejecución de este pacto: Lancáster, con una flota que había ido á buscar á Inglaterra, avanzó hasta Guernesey y Carlos *el Malo* condujo algunas tropas á Cherburgo, y el rey de Francia, que no estaba apercibido á la lucha, hubo de humillarse por segunda vez, firmando en 10 de septiembre de 1353 en Valognes un convenio por virtud del cual, y mediante ciertas formalidades sin importancia, el rey de Navarra lograba una amnistía

completa para él, para sus hermanos y para sus partidarios. Los herederos de Carlos de España veíanse abandonados por el rey, quien prometía además al de Navarra satisfacer todas sus reclamaciones de dinero.

III.—La guerra de 1351 á 1355 (1)

Estas debilidades tienen indudablemente su explicación en la guerra contra los ingleses, que se había reanudado en el segundo año del reinado de Juan.

Las treguas convenidas entre Felipe VI y Eduardo III habían expirado en abril de 1351, y el monarca francés, para proporcionarse dinero, había 1351 celebrado personalmente en Montpellier, en 8 de enero de 1851, los Estados de Langüedoc, en los que los diputados habíanse quejado en gran manera de los funcionarios reales y seguramente nada habían concedido. Los Estados de Langüedoil se habían reunido en París el 16 de febrero, y en ellos sólo el clero había otorgado subsidios, pues los nobles y los diputados de las ciudades pidieron permiso para regresar á sus países á fin de conferenciar «con los de su condición.» Para saber la respuesta, Juan había convocado en los meses de abril y mayo una serie de asambleas provinciales que, mediante buenas promesas, se comprometieron al fin á facilitar dinero al rey. Al mismo tiempo, desde agosto de 1350 á abril de 1351, el valor de la moneda había sido reducido, de manera que el valor absoluto de la libra tornesa en especies de plata descendió de 5'79 francos á 4'34 francos.

Enviáronse lugartenientes á las fronteras y se publicó un reglamento muy detallado para las tropas: fijábase el sueldo para los mesnaderos, caballeros, escuderos, criados y gentes de á pie; distribuíanse los soldados en «rutas,» de á veinticinco por lo menos cada una, al mando de un capitán; ordenábase que dos veces al mes y sin previo aviso se pasaría revista de sus armas y monturas; nadie podía cambiar de jefe sin perder sus soldadas ni retirarse sin autorización; y los capitanes, tenientes de rey y mariscales habían de jurar que observarían esta ordenanza, siendo «castigados severamente» si la infringían. Esto constituía un esfuerzo serio para establecer la disciplina en la milicia, en la que hasta entonces reinara la mayor confusión.

La campaña de 1351, sin embargo, fué insignificante, pues sólo en Bretaña hubo una acción ruidosa. En el mes de marzo, dos capitanes, uno inglés, Breborough, establecido en Ploermel, y otro francés, Beaumanoir, establecido en Josselin, se desafiaron; la causa del desafío, según parece, fué la indignación que á Beaumanoir inspiraban los tratamientos infligidos por los ingleses á los aldeanos. Cada uno de los dos adversarios debía llevar consigo treinta compañeros. El encuentro tuvo lugar en 25 de marzo de 1351, en la Mi-Voie, cerca de Ploermel (2); los compañeros de Beaumanoir eran de raza bretona; los de Breborough eran veinte ingleses, seis alemanes y cuatro bretones. La ba-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—De la Borderie, *Histoire de Bretagne*, III, 1899. Moisant, *Le Prince Noir en Aquitaine*, 1894. D. Vaissette, *Histoire générale de Languedoc*, nueva edición, IX, 1885.

(2) Véase el curioso poema *La bataille de XXX Anglais et de XXX Bretons*, edición Crapelet, 1835.

talla duró todo el día, sin más interrupción que un momento de descanso. En el segundo ataque la ventaja fué para los bretones. Conocida es la frase de Godofredo du Bois á Beaumanoir, que se quejaba de sed: «¡Bebe tu sangre, Beaumanoir, y la sed se te pasará!» Por la noche todos los combatientes estaban heridos: Breborough y seis ingleses habían perecido en el combate y los demás quedaron prisioneros de los bretones. Para los contemporáneos aquello fué una especie de juicio de Dios; pero un combate singular no podía alterar el curso de los acontecimientos, así es que las operaciones

en Bretaña continuaron. En el mes de agosto de 1352, el mariscal Guido de Nesle trató de sorprender la villa de Maurón, entre Ploermel y Montfort. Como casi siempre, los franceses tenían la ventaja del número, y, sin embargo, se dejaron derrotar. Entre sus ochocientos muertos estaba lo mejor de la nobleza bretona leal á Francia. Después de esta batalla las hostilidades languidecieron.

Por otra parte, varias treguas suspendieron la guerra entre los dos reyes á partir del 30 de septiembre de 1351. Tres años se invirtieron en negociar una paz que, á pesar de todo el celo de Inocencio VI, hicieron imposible las exigencias de los ingleses y las incertidumbres del rey Juan; al fin del tercer año el rey de Navarra había negociado con Lancaster el reparto de Francia.

En 1355, contando con el apoyo del rey de Navarra, Eduardo III emprendió una nueva invasión; pero desembarcó demasiado tarde en Calais, á fines de octubre. Era ya «bien entrado el invierno.» Carlos el Malo acababa de reconciliarse en Valognes con el rey de Francia: Eduardo hizo en Artois una corta campaña, á fin de dar una «pronta batalla.» El rey Juan, por su parte, había reunido un ejército en Amiéns. Los dos adversarios se provocaron recíprocamente; pero cuando Eduardo III presentó batalla, Juan la rehusó, y cuando Juan la presentó, Eduardo III ya había desistido de aceptarla.

La guerra fué más seria en el Mediodía. Los señores gascones, fieles á Inglaterra, habían reclamado, al finalizar las treguas, la presencia del príncipe de Gales; estaban intranquilos por los progresos de Juan de Armagnac, uno de los más poderosos barones del Mediodía que el rey de Francia había tomado á su servicio, y que había arrebatado á los ingleses un gran número de plazas fuertes (1). En 20 de septiembre, el príncipe de Gales—el *Príncipe Negro*, según se le llamó á causa del color de su armadura—había llegado á Burdeos como lugarteniente de su padre.

Iba á encargarse del mando en jefe por primera vez. Tenía entonces veinticinco años, los distinguidos modales de la caballería y gustos de lujo y de fausto junto con la dureza anglo-sajona. En 5 de octubre partió con catorce mil hombres de armas, atravesó Langón, Bazas, Castelnau, y marchó á devastar el Armagnac. «No había día, escribe él mismo, que no tomáramos villas, castillos y fortalezas de resultas de alguna de nuestras batallas.» De allí los anglo-sajones retrocedieron al Garona y pasaron á una legua de Tolosa. Saquear esa hermosa tierra del Languedoc era el sueño de todos los pobres

(1) Véase Breuilh, *Jean I d'Armagnac*, «Revue des Questions historiques», LIX, 1896.

gascones de las Landas, «porque era muy rica y muy fértil.» Se desparramaron por la comarca situada entre Tolosa y Narbona. Los habitantes de Carcasona quisieron defender los barrios á orillas del Aude; el príncipe hizo quemar la parte baja de la ciudad, á pesar de los ruegos de las gentes de iglesia y de la oferta de un rescate de 250.000 escudos en oro. Capestang se libró mediante la promesa de entregar 40.000 escudos dentro de cinco días; pero antes de expirar dicho término la villa recibió refuerzos, cerró sus puertas y se negó á pagar. Los ingleses siguieron su camino. En 8 de noviembre llegaban «cerca del mar de Grecia,» á Narbona, que les recordó Londres; tan sólo el arrabal fué tomado é incendiado. En Montpellier y en Aviñón los habitantes estaban locos de terror. Dos obispos, embajadores del papa, se presentaron en el campamento del príncipe, que les hizo aguardar dos días aun antes de abrir sus cartas de audiencia; después, cuando les recibió, les envió á su padre que acababa de desembarcar en Calais. Por lo demás, no sabía qué hacerse. «Y allí, dice él, tomamos nuestro consejo hacia dónde mejor podríamos tirar.»

Se aproximaba el invierno y dos ejércitos franceses se ponían en campaña. El príncipe se dirigió hacia Burdeos por otro camino. Se internó á través de las montañas por Limoux, Pamiers, Rieux, y volvió á ganar el Garona. Los ingleses volvieron así al punto de partida sin haber sido molestados. En 28 de noviembre, en Mezin, se licenció al ejército por durante el invierno. En 9 de diciembre el príncipe llegaba á Burdeos muy satisfecho de esta correría, que había arruinado más de quinientos lugares; al decir de un consejero del *Príncipe Negro*, desde el comienzo de la guerra no se había visto todavía «tal destrucción.»

IV.—Los Estados de 1355 (2)

Era seguro un nuevo ataque para el año siguiente y el tesoro real estaba vacío. Los Estados de los diversos países habían concedido, á principios de 1355, unos subsidios que, cobrados con dificultad, bastaban apenas á la defensa local. En 26 de septiembre, el rey había tenido que aplazar por seis meses el pago de sus deudas y de los sueldos de sus oficiales. Ya no era posible alterar más las monedas, á menos de reducirlas á nada; ochenta y un actas las habían modificado desde 1350; la libra tornesa, que representaba todavía 17'37 francos de plata en 1336, había bajado hasta 17'3 francos. Y varias ordenanzas, para compensar los efectos de esa depreciación, hacían obligatorios los precios y obligaban en las villas á toda persona sana á trabajar para ganarse la vida, bajo amenaza de destierro, de prisión ó de ser marcada con un hierro ardiente.

Desde hacía diez años, los Estados generales, todas las veces que habían sido convocados, se habían mostrado siempre más exigentes y más avaros de subsidios, y por otra parte, los Estados provinciales, según se ha visto, habían reclamado y obtenido la administración

(2) FUENTES.—*Ordonnances des rois de France*, III, 1732. OBRAS DE CONSULTA.—A. Desjardins, *Les Etats généraux*, 1350-1614, 1873. Picot, *Histoire des Etats généraux*, 2.ª edición, I, 1888. Vuitry, *Etudes sur le régime financier de la France*, nueva serie, II, 1883.

de los subsidios votados por ellos. Estas disposiciones de espíritu, esta desconfianza, esas usurpaciones de la autoridad real debían inquietar al rey, pero éste no podía prescindir del concurso de dichas asambleas. Los Estados del Languedoc fueron, pues, convocados para fin de noviembre. Se reunieron en la Cámara del Parlamento, gran salón de ciento veinte pies de longitud, en medio del cual estaba la Mesa de Mármol; á lo largo de las paredes estaban colocadas las estatuas de los reyes de Francia. El rey concedió la palabra á su consejero Pedro de la Forêt, arzobispo de Ruán, quien pidió un auxilio para los gastos de la guerra y prometió «moneda fuerte y duradera.» Los tres órdenes respondieron por boca de sus respectivos oradores, que estaban «prontos á vivir y á morir con el rey y á poner sus personas y sus bienes al servicio del mismo.» El orador de las buenas ciudades fué el preboste de los mercaderes de París, Esteban Marcel.

Esteban Marcel era un pañero (1); pertenecía, por lo tanto, á la aristocracia burguesa de la ciudad, pues los pañeros formaban una de las seis grandes profesiones del comercio parisiense. Su abuelo, Pedro Marcel, habitaba en la isla de la Cité, parroquia de San Bartolomé; en el impuesto de 1292 fué uno de los recargados de París. La familia de Marcel estaba emparentada por afinidad con las grandes familias burguesas, con los Coquatrix, con los Poilevilain y otras, que habían proporcionado al rey un gran número de sus oficiales de hacienda. Marcel estaba, pues, unido por lazos de parentesco con todo ese mundo de hacendistas burgueses, de quienes debía ser enemigo encarnizado.

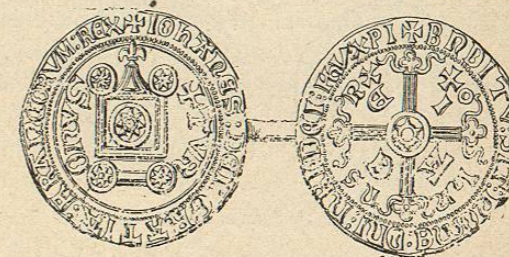
Había nacido lo más tarde hacia el año 1316 y se había casado dos veces, la primera con Juana de Dammartin, y la segunda con Margarita des Essarts, hija de Pedro des Essarts, rico burgués que estaba en relaciones comerciales con Felipe VI y Juan el Bueno. Su segunda mujer le había aportado una dote de tres mil escudos de oro; hubo de ella seis hijos. Estaba establecido en la Cité, calle de Vieille-Draperie, enfrente del Palais, y formaba parte de las grandes cofradías de Nuestra Señora y de los peregrinos de Santiago, que reunían lo más selecto de la burguesía parisiense. Su comercio le ponía en relaciones con los pañeros de Gante y de Bruselas; por otra parte, había en París muchos pañeros flamencos. Se debe creer que Marcel sentía admiración por los grandes municipios de Flandes y que sabía la historia de Artevelde. Por lo demás, el hombre que iba á desempeñar tan importante papel nos es poco conocido: ninguna miniatura nos da la fisonomía auténtica del preboste de los mercaderes; ningún testimonio escrito nos revela claramente su carácter ni sus intenciones.

Los tres órdenes, después de haber oído al canciller, pidieron «hablar unos con otros,» si fuese conveniente, pero sin confundirse en una sola asamblea. Las deliberaciones parece que duraron bastante tiempo en los primeros días de diciembre. Los Estados, á diferencia de los que les habían precedido, se creyeron con facultad de tratar, y concedieron el subsidio necesario para el sostenimiento de treinta mil hombres de armas.

(1) Los informes más auténticos sobre la familia de Esteban Marcel los han dado Desprez, *Les enfants d'Etienne Marcel*, y L. Le Grand, *La veuve d'Etienne Marcel*, en el «Boletín de la Sociedad de la historia de París,» 1897.

La ordenanza de 28 de diciembre de 1355 nos hace conocer en detalle cómo se estableció este subsidio; es la primera parte de la obra de los Estados y de importancia capital. Para el sueldo de esos treinta mil hombres de armas se exigirá un impuesto de ocho dineros por cada libra sobre todas las mercancías vendidas y una gabela sobre la sal. Los impuestos serán pagados por todo el mundo, «sin que nadie pueda creerse libre ó exento, de cualquiera edad, condición ó dignidad que sea, ó de cualquier privilegio que disfrute.» «Queremos, dice el rey, que nos, nuestra querida compañera la reina, nuestro muy querido hijo el duque de Normandía y todos nuestros hijos y los de nuestro linaje contribuyan igualmente á dichos impuestos y gabelas.»

La concesión hecha en 1348 á la Normandía y al Vermandois queda extendida á todo el país de Languedoc: en cada diócesis serán nombradas y diputadas por



Moneda de Juan el Bueno

los tres Estados ciertas personas buenas y honradas, solventes y leales; esos diputados procederán al reparto del impuesto y vigilarán la cobranza del subsidio. Por encima de ellos se designarán y establecerán por los tres Estados nueve personas buenas y honradas, «tres de cada Estado, que serán generales y superintendentes sobre todos los demás.» No estarán encargados de ninguna cobranza, ni de hacer «cuenta alguna;» pero formarán una jurisdicción ante la cual los diputados particulares llevarán todos los litigios. La cobranza se confiará á recaudadores especiales, elegidos en cada país por los diputados de los Estados. Al lado de los superintendentes habrá dos recaudadores generales, prohombres y muy solventes, designados por los Estados, de modo que todo el personal del impuesto sale de los Estados y sólo depende de ellos.

Del dinero, ninguna parte irá al rey ni á sus oficiales; todo está destinado á las tropas. Se prohíbe á los oficiales reales que se incauten del dinero del subsidio. Los diputados, dice el rey, «no entregarán ni distribuirán ese dinero á nos ni á otros, excepto la gente de armas.» Toda orden contraria á estas disposiciones será nula y de ningún valor: «Y si, por importunidad ó de otro modo, alguien impetrase letras ó mandatos de nos ó de otros en contrario, dichos diputados, comisarios ó recaudadores jurarán ante los Santos Evangelios de Dios no obedecer dichas letras ó mandatos.»

Los Estados tomaron además otras precauciones. Deben reunirse al cabo de tres meses, en 1.º de marzo de 1356, «para ver y oír la cuenta de lo que se habrá hecho, entregado y distribuido,» y para decidir si ha lugar á mantener ó aumentar el impuesto; se reunirán también el 30 de noviembre, día de San Andrés, para deliberar nuevamente «sobre el hecho de nuestras guerras,» no habiéndose votado el subsidio más que por un